



Ciudad auto organizada¹

Sebastián Muñoz Castrillón²

Resumen

La ciudad se auto organiza desde un conjunto de afectaciones tangibles e intangibles que se configuran a través de los espacios que son habitados por unas estructuras sociales en constante movimiento. Los espacios se encuentran cargados de particularidades que se reconocen en la sociedad a modo de sistemas auto organizados.

Palabras clave: Ciudad, sistemas, estructuras, hipercodificación, codificación laxa.

Summary

The city is self organized from a set of tangible and intangible effects that are configured through the spaces that are inhabited by social structures in constant motion. The spaces are compound with features that are recognized in society as a self-organizing systems.

Keywords: City, Systems, Structures, hyper coding, lax coding.

¹ Este artículo se escribe como producto final del trabajo de investigación titulado “Medellín ciudad ocasional: tres despliegues estéticos” para la obtención del título de Magíster en Estética de la Universidad Nacional de Colombia.

² Arquitecto (Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín), Magister en estética (Universidad Nacional de Colombia sede Medellín).

La confrontación de las formas de habitar el espacio en las ciudades marca diferencias y genera identidad a los territorios, lo cual produce la ciudad desde la confrontación de la hipercodificación (la planeación ideológica del espacio) y la codificación laxa (la ciudad practicada).

La ciudad es producida por una estructura social que desde su organización en el tiempo configura los espacios que toman las características estructurantes desde las ideologías, memorias y vivencias.

Sociedad cuerpo-organismo

La sociedad puede entenderse como un cuerpo o un organismo, en tanto condición ineludible para las experiencias vitales posibles, en las cuales se reconocen formas afectivas, las que junto con la técnica y el lenguaje configuran la comprensión y apropiación del mundo.

La relación de los individuos en el grupo social conforma la cultura, a través del desarrollo de sistemas simbólicos, con los que se definen y marcan diferencias entre las demás, las cuales van a ser reconocidas y organizadas en la ciudad como espacio de visualización de la auto organización social.

Desde la configuración social en el espacio lo simbólico crea afecciones que tejen la relación individuo-grupo-espacio, cargando de significado las experiencias en la ciudad, donde la estética es la base del pensamiento simbolizante; pero ésta no solo se reduce a la mirada de la percepción de los símbolos desde los registros auditivos y visuales, sino, como lo expresa Leroi-Gourhan (1977): no podría tratarse, en semejante perspectiva, de limitar a la emotividad esencialmente auditiva y visual del *homo sapiens* la noción de lo bello, sino de rebuscar, en toda la densidad de las percepciones, cómo se constituye, en el tiempo y en el espacio, un código de las emociones, asegurando al sujeto étnico lo más claro de la inserción afectiva en su sociedad. (p.267).

De esa manera se muestran las diferencias entre culturas a la hora de entender y mirar la comprensión y la apropiación del espacio en la ciudad, y cómo esas emociones han afectado al grupo a través del tiempo; características particulares que se ven en la comprensión estética de diferentes culturas, para los análisis de la sociedad y de los comportamientos dentro del grupo.

La evolución del grupo muestra en la ciudad las marcas y los signos con los cuales se reconocen las diferentes culturas, además de cómo se insertan en su espacio y su territorio, cómo se encuentra definido por los individuos y sus relaciones

estéticas: los útiles, la etnicidad y el lenguaje, los dispositivos fundamentales para la relación entre tiempo y espacio.

El cuerpo biológico (como metáfora de la sociedad) modifica su comportamiento y sus símbolos, creando nuevas posibilidades de mundos desde sus imaginarios. Las apropiaciones del espacio también se transforman en el tiempo, encuentro que da lugar a una relación importante para comprender y definir la ciudad partiendo de la expansión de la estética, no solo de los sentidos sino entendiendo las modificaciones desde el cuerpo social biológico.

Los signos y símbolos presentes en la ciudad determinan características importantes en la definición del cuerpo biológico, ya que se instauran en los sistemas internos estables que crean ambientes en la sociedad y, además, validan y hacen evidentes significaciones para la cultura.

Las manifestaciones estéticas de la sociedad son variables, unas comunes en diferentes culturas y otras completamente significativas dentro de la propia cultura, como la música, la arquitectura, la culinaria y el vestuario.

El cuerpo biológico se transforma, muta según los cambios de la naturaleza técnicamente determinada, apropiándose de forma diferente (cada vez) del territorio. Las múltiples miradas a los ambientes que la sociedad como cuerpo biológico constituye, generan significados por medio de sus rituales, de sus configuraciones espaciales, de la forma de los cultivos, de los bailes característicos, de los materiales diferentes para la construcción de la arquitectura, de la distribución y jerarquización por parte de la sociedad en el territorio.

Partiendo del uso de la técnica, la estética y el lenguaje, el cuerpo social transforma la ciudad. En la exteriorización de estos tres factores: la máquina (técnica), el espectáculo (grupo social) y la escritura (lenguaje), se mezclan y se forma el cuerpo social, haciendo de la estética un soporte para lo humano y una especie de modulación entre el espacio y el tiempo, que configuran la apropiación y la comprensión del mundo, al cual se le dan significados, pero que luego son re-significados para la evolución, para la conformación de otros ambientes posibles o adaptaciones posibles.

Ciudad-espuma

“La vida humana se auto organiza siempre creando espacios protegidos e inmunes, del protoplasma a la vida intrauterina, del afianzamiento del hombre en su identidad a la conformación de sus espacios íntimos, sus casa, sus ciudades y sus espacios

metafísicos imaginarios” (Vásquez (2008). Peter Sloterdijk: Espumas, Mundo poliesférico y ciencia ampliada de invernaderos. Revista Nómadas, 18).

“Estar–en–el–mundo” como individuos y como colectivo embarca en proyectos que permiten comprender la ontogénesis del ser humano; es así como Sloterdijk propone su teoría de esferas, globos y espumas para entender la vida humana, ya que ésta, conscientemente o no, crea espacios en los que pueda sentirse cómoda, protegida e inmune.

El hecho, eminentemente espacial, trata la relación del ser con el mundo que lo rodea. Esto constituye un tejido que puede ser inmaterial, afectivo, emotivo, energético, musical, mediático, atmosférico, material, físico, es decir: del orden de lo tangible y lo intangible, lo que abarca todos los ámbitos del vivir en el sentido pleno de la palabra, tanto en el terreno de las necesidades corpóreas como en la dimensión metafísica, intelectual, sensitiva, social del sujeto: “Vivir es crear esferas” (Vásquez, Sloterdijk (2008). Espumas, Mundo poliesférico y ciencia ampliada de invernaderos. Revista Nómadas, 18).

Cuando se nace, cuando se es expulsado a la “fuerza” de la comodidad del “útero materno”, estalla la primera esfera, así se conforma alrededor el primer contenedor intangible que busca poner a salvo de todo lo que afecta negativamente al nuevo sujeto, y provee lo necesario para su desarrollo: la familia. Todo hacer individual y colectivo tratará de recrear esa estancia primera, “la vida intrauterina” confortable, tranquila, segura, contenida, abastecida.

Partiendo de esta problemática humana, el desarrollo de la vida será un problema morfológico de creación de espacios y sistemas que permitan siempre construir pieles protectoras, que pueden ser permeables, ya que a través de ellas se permite el paso del exterior a la esfera íntima, e impermeables, ya que se vuelven protectoras en casos de agresión. Así, cada individuo en sí mismo constituye una esfera, la cual se relaciona con otras generando tensiones, estallidos, mutaciones, colisiones, fusiones... A través de esas alteraciones se da lugar a una ambivalencia de esferas, dado que, según la mirada, la esfera puede ser contenedor y contenido, dando lugar a: una convivencia cada vez más resguardada en los dispositivos sociales e individuales que, curiosa y convenientemente, llamamos: leyes, morales, usos y costumbres, modos de vida, cuidados de sí o simplemente personalidad (Ávalos, 2003).

Es la multiplicidad de esferas y relaciones lo que da lugar a las tramas urbanas, escenarios de un mundo poliesférico carente de centro, continuamente móvil, efímero y transitorio, que da cuenta de una espacialización que parte de los hechos estéticos, de los cuales se puede hacer una lectura en las diferentes formas

en que se intervienen y se construyen las ciudades: allí donde hay vida humana, sea nómada o sedentaria, surgen globos habitados, ambulantes o estacionarios, que en cierto sentido son más redondos que todo lo que puede dibujarse en círculos (Sloterdijk, 2003). Se dan espacios de coexistencia que van desde la habitación como nicho de la intimidad del ser, hasta la ciudad, como lugar de despliegue de la colectividad, pasando por la casa como recinto de la familia, la calle, el barrio, la comuna; pero también teniendo presentes todas las redes mediáticas que circundan, como las telecomunicaciones, los grupos sociales que desde la virtualidad dan cuenta de la necesidad de colectivizar aun en la distancia. Y es en esos globos y en esas espumas poliesféricas donde transcurre la vida de las metrópolis: el hombre busca nuevas formas de reaseguramiento, nuevas pólizas, su habitación se constituye en la prolongación de su piel (Vásquez, Sloterdijk (2008). Espumas, Mundo poliesférico y ciencia ampliada de invernaderos. Revista Nómadas,18).

Los procesos múltiples de intercambios y tensiones propios de la alteridad de las esferas, entre los individuos y los colectivos, albergan no solo beneficios emocionales, sino también enfrentamientos que pueden estar en la escala del individuo, como también en el rango inter-cultural, generando relaciones pacíficas y de resguardo, pero también de hostilidad, de violencia y de agresiones. Así se configuran escenarios en los que existe una continua necesidad de revestirse de protección e inmunidad; se construyen modelos arquitectónicos reflejo de la paranoia, de ese sentirse expuestos al peligro, o donde se pretende dar cuenta de una cierta totalidad o, si cabe llamarlo así, de la universalidad del ser humano.

El Palacio de cristal en Inglaterra, que se construyó en el siglo XIX para albergar la primera Gran Exposición, concebida para mostrar el progreso de todo el mundo en cuanto a nuevas tecnologías, maquinaria y productos, con la pretensión de exhibir la cultura europea en toda su extensión, fue entendido como un lugar no solo con una función específica sino también como una metáfora de la cultura. En él se muestra tanto la esencia como las pretensiones del mundo occidental: el Palacio de cristal –la estructura arquitectónica más imponente del siglo XIX– apunta ya a un capitalismo integral en el que se produce nada menos que la total absorción del mundo exterior en un interior planificado en su integridad (Sloterdijk, 2004). Se trata de un invernadero, seguro, inmune y libre de tensiones.

El acontecimiento que veía Dostoievsky en el siglo XIX fue también motivo de investigación para Walter Benjamín. Para el primero: la vida en el palacio simboliza la voluntad de los progresistas occidentales de que el proceso de reticulación del mundo y de propagación universal de la felicidad que ellos mismos habían iniciado halle su culminación en la ausencia de tensiones (Sloterdijk, 2004).

Para Benjamín el pasaje encarnaba la síntesis del consumismo, esos modelos arquitectónicos eran la fusión entre lo público y lo interior: un «templo del capital mercantil», «voluptuosa calle del comercio» (Sloterdijk, 2004). Lo mismo que es posible también rastrear en el momento actual, en dispositivos de nuestras ciudades, en los cuales son insertados cada vez más esos modelos urbano-arquitectónicos llamados Centros Comerciales, Centros de Convenciones, hoteles, parques temáticos, jardines botánicos, estadios... espacios que configuran sistemas auto-regulados, característicos por atemporales, pues hacen perder la noción del tiempo, a climáticos por climatizados, revestidos de un blindaje tecnológico que permite tener el aparente control de todo; vigilados, pues buscan garantizar la seguridad de quien está en ellos. Es a través del comercio de bienes o servicios, desde donde se ofrecen y se pretende dar al sujeto la sensación de que, sin importar el lugar en el mundo en se encuentre, sentirá que lo conoce todo; el lenguaje es la imagen de las marcas multinacionales, de las grandes cadenas de restaurantes, de los grandes iconos de la moda; en resumidas cuentas: de los monopolios económicos. El objetivo es el confort y la moral es el consumo.

Las políticas de los estados del mundo occidental se han enfocado ahora en proteger y promover un concepto que bien podría ser llamado: "seguridad mundial", tras atentados terrorista que han cobrado una potencia desmedida, no solo por las consecuencias devastadoras sino también por el despliegue de medios de comunicación; hemos sido transformados en ciudadanos: adictos a la seguridad pero siempre inseguros de ella (Sloterdijk, 2004). Y es esta una experiencia estética que se ve reflejada en las formas y tipologías de construcciones insertas en la ciudad, cada vez más acondicionadas, hasta el punto que producen temor a respirar, como consecuencia de las amenazas continuas de guerras biológicas, de una atmósfera que se ha convertido en el lado débil, y es por eso que los espacios que representan cobijo son cada vez más vulnerables, pues el hecho no se limita al acto terrorista como tal, sino también a la idea de amenaza que ha sido sembrada.

El desarrollo de los medios de transporte como consecuencia de la globalización ha hecho del mundo un lugar cada vez más pequeño, de modo que se repiten en cualquier lugar y territorio esos grandes globos, úteros para masa que garantizan confort y seguridad, que creemos abandonar cuando nos alejamos de los lugares estables, conocidos (aunque, como hemos dicho antes, allí también nos sentimos bajo constante vulnerabilidad).

Las playas y los campos se domestican al crear centros vacacionales donde, aún en el lugar más alejado de aquello que llamamos civilización, se tiene todo lo que

se considera necesario; no es posible ya dejar de recrear el interior de la madre. A esos lugares abastecidos de lo básico, bebida y alimento, pero también de comodidades, lujos y actividades de ocio, se lleva la ciudad. Esos espacios arquitectónicos proveen también el acondicionamiento atmosférico y el blindaje tecnológico que reconocemos en los lugares urbanos para administrar la tan anhelada seguridad: el capitalismo liberal encarna la voluntad de excluir el mundo exterior de retirarse en un interior absoluto, confortable, decorado, suficientemente grande como para que no nos sintamos encerrados (Vásquez, Sloterdijk y Benjamin, 2009).

Todos esos modelos arquitectónicos, urbanos o no, implican el hecho de que vivimos en comunidad: limitan nuestros comportamientos, inhiben el desarrollo del sujeto dentro de una colectividad; hemos dejado entrar al otro en nuestra esfera y esto, a su vez, condiciona nuestros comportamientos: a causa de la densidad, la inhibición se transforma en nuestra segunda naturaleza (Sloterdijk, 2004). Sin embargo nos hemos equipado de dispositivos que permitan huir de ese carácter colectivo, aun inmersos en él; es posible estar en un lugar y a la vez aislarnos, sumergirnos en nosotros: los audífonos, las nuevas tecnologías de internet inalámbrico en el dispositivo celular, cada vez más indispensable para esta época, entre muchas otras formas; incluso las drogas como un antiguo medio de desconexión del mundo llevan de nuevo al inicio, a la esfera individual donde estamos solo nosotros mismos: una isla es tal porque está aislada, y el hecho humano es –precisamente– el resultado de una gran operación de aislamiento (Vásquez y Sloterdijk, 2008). Encerramos en nuestras burbujas íntimas, nuestros pequeños invernaderos, nuestro apartamento, habitación... elegimos qué oír, qué ver, qué hacer: un ámbito acondicionado y cerrado a un exterior tóxico, formado cada vez más por toda suerte de prótesis auditivas y visuales (Vásquez y Sloterdijk, 2008).

Nos encontramos siempre en una esfera cíclica, en una *espuma* que anima calles, plazas, parques, ciudades, en la que se expanden, se contraen, se disipan, se agrupan las diferentes esferas que la componen. Es como un líquido que se va regando a través de los sólidos escenarios que conforman calles, edificios; en fin, la ciudad misma: los sólidos conservan su forma y persisten en el tiempo: duran; mientras que los líquidos son informes y se transforman constantemente: fluyen (Bauman, 2004).

Código-ciudad

El territorio se esculpe a través de códigos que el individuo o el colectivo social implantan en su lugar, de acuerdo con la mirada que se tiene del espacio; unas desde la

idealización que se impone como forma de intervención general (política), y las otras, simbólicas y indexicales (cotidianas). Se presentan entonces dos tipos de configuración: una desde la hipercodificación: implantación de modelos según el ideal planificador, la configuración política del espacio; la otra desde la codificación laxa, apropiación estética precaria y temporal desde lo intangible, signos y símbolos culturales, huellas sensibles que se despliegan en el espacio, lo social produciéndose, la urbs; ambas configuraciones, conformadas por las apropiaciones de las estructuras sociales y su relación con el entorno inmediato, son las que dan forma a la ciudad.

En la ciudad se despliega la existencia humana; se ven, se manifiestan las formas de aproximación al límite, sensibles:

en el espacio máximo de desconocidos límites que más o menos equivalen al Universo y en los espacios mínimos, inframicroscópicos o inframoleculares; y también, más próximos a la experiencia habitual, en esos «mesoespacios» que se sitúan entre las magnitudes macroscópicas y microscópicas, que van desde el habitáculo hasta el globo terrestre pasando por lugares, ciudades, regiones, naciones, continentes... Todos ellos son condiciones –inmanentes– de la sensibilidad; y aun pareciera que también del entendimiento de la razón. Todos ellos son condiciones de la existencia y de la co-existencia. (Lanceros, 2010, p.1)

La ciudad como soporte de lo social y dispositivo de despliegue de lo estético, está codificada por las comunidades; códigos sociales que se ven y se sienten en las superficies que van armando sus espacios. Esas superficies están cargadas de sensibilidad, de apropiaciones estéticas de su entorno. Superficies que delimitan la estructura social, a la vez que se modifican por ésta, conformando el adentro y el afuera del espacio, constituyendo por medio de la codificación los límites que conforman, de diferentes maneras, el espacio como entendimiento de las superficies, desde cálculos de planos hasta configuraciones de tejidos afectivos:

obrando mediante esta concepción, el globo terráqueo –nuestro mundo– puede ser traducido a simple superficie esférica, a plano curvo desplegado en el espacio: mundo insensible, solo inteligible, producto del cálculo providencial, superficie medible o técnicamente cuantificable, esfera de concavidad vacía y de convexidad etérea. Pero la superficie de la tierra también es posible comprenderla estéticamente y de manera expandida es decir no solo como manifestación sensible de lo inteligible, plano absoluto, puro y bello, conmensurable y calculable, sino además y ante todo, como variedad de configuraciones o tejidos afectivos. (Mesa, 2010, p.21)

El código da pie al sistema, matriz de relaciones en el entorno: como superficie geográfica de inserción, es decir como la inscripción mutua de dos que se encuentran (como superficies afectivas), de dos que se chocan, que se sienten, que se recuerdan solo ahí en la figura haciéndose, en el lleno del vacío, en la configuración geográfica de la superficie (Mesa, 2010, p.23).

Códigos cargados de sensibilidad y razón que expande y contrae el territorio, ya que es una matriz configurada socialmente, y, al ser un sistema auto-organizado, se encuentra en autopoiesis.

Las configuraciones se dan a través de las relaciones individuo-tiempo-espacio, determinando la forma como se dispone la ciudad. Espacializar un código es inscribir un lugar en la superficie, es limitar el vacío por medio de los hábitos, es recrear una costumbre que en intervalos de tiempo y derivas ocasionales, configuran espacios, similares al arte de la separación, crean lugares y territorios: el arte de la separación crea espacio y da lugar (y tiempo). Trazar una línea es circunscribir un habitad, prefigurar hábitos y habitantes, divisiones y decisiones normativas que presuponen el gesto creador inicial e iniciático (Mesa, 2010, p.2).

La codificación constituye sistemas, los cuales son producto de los códigos culturales; abarca las huellas dejadas por las relaciones sociales evidenciando diferentes espesores, unos más cargados de simbologías que otros; mostrando que en algunos hay una fuerza mayor por parte de la estructura social. Los hábitos son pre-figurados por la hipercodificación y la codificación laxa, las cuales se definen en la cultura y su evolución: cultivo, culto y cultura, ámbitos de actividad y contemplación, de acción y pensamiento, escenario en los que se gesta –y se gestiona– la experiencia humana y que aparece inicialmente como dibujo, diseño y designio en el espacio: en un espacio que una vez cultivado y culturizado, se expone como condición de existencia (Lanceros, 2010, p.2).

El espacio abierto y cerrado de la ciudad se encuentra en estado de transformación de los códigos, haciéndose y re-haciéndose en las superficies, mostrando que desde: la línea o el trazo, la separación en cualquier caso, dan lugar (topos) o espacio propiamente dicho, al que puede ser, con trabajo, violencia o astucia habilitado y habitado (jóra): recipientes y contenedores hospitalarios en los que se cursa la experiencia y que cobija la existencia (Lanceros, 2010, p.3).

Las líneas que esculpen la ciudad están cargadas con códigos, desde la racionalización del espacio (códigos calculados por el pensamiento abstracto numéri-

co, medible) y por la irracionalidad del espacio (códigos sensibles, momentáneos y efímeros).

La mezcla de espacialidades configuradas a través de códigos sistémicos hace la ciudad; esta se mira como la conquista del espacio hipercodificado y codificado laxamente por medio de la estructura social. Es el escenario donde se mezclan y difuminan las dos formas de codificación. La ciudad es el espacio en el cual se despliegan las relaciones de la cultura con su entorno, evidenciando la manera cómo es modificada por medio de la simbología y la significación desde lo sensible, y su inserción en el vacío: es la ciudad la que ordena y organiza ese (in)flujo moral, la que, al medir y distribuir el espacio y el tiempo, propone las condiciones, a la vez trascendentes y empíricas de toda sensibilidad, de toda y cada percepción (Lanceros, 2010, p.9). Es un instrumento que permite ver las formas cómo se organizan los códigos sociales y cómo estos originan el espacio y su configuración; un producto que genera imágenes de lo sensible y órdenes de lo tangible.

BIBLIOGRAFÍA

André Leroi-Gourhan. *Le geste et la parole*. Paris: Albin Michael, 1964 (versión en castellano: *El gesto y la palabra*. Caracas: Universidad central de Venezuela, 1971). Ávalos Reyes, Erik. *La modernidad puesta en entredicho*. Madrid: Siruela, 2003.

Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. México D.F: Fondo de cultura económica, 2004. Benjamin, Walter. *Libro de los Pasajes*. Madrid: Akal, 2005.

Balzac, Honoré de. *Dime cómo andas, te drogas, vistes y comes... y te diré quién eres*. Barcelona: Tusquets, 1980.

Benjamin, Walter. *Libro de los Pasajes*. Madrid: Akal, 2005.

Botero Guerra, Camilo. *Brochazos. Medellín. Colección de Autores de Antioqueños*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia. Vol. 111, 1988.

Betancur, Jorge Mario. *Moscas de todos los colores. Barrio Guayaquil de Medellín, 1984-1934*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006.

Centro de Desarrollo Cultural de Moravia, convenio de Asociación Municipio de Medellín / Comfenalco Antioquia. *La memoria cultural como*

- dispositivo para la intervención social en MORAVIA*. Medellín: Tragaluz S.A., 2011.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pretextos, 1994.
- Duque, Félix. *La interpretación del mundo cuestiones para el tercer milenio*. México-Barcelona: Patxi Lanceros, 2006.
- Delgado, Manuel. *De la ciudad concebida a la ciudad practicada*. En Revista Archipiélago, #62 (2004):7-11.
- García Vásquez, Carlos. *Ciudad Hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI*. Barcelona: Gustavo Gili, 2008.
- Gómez Montoya, José Jairo. *Paroxismos de las identidades, amnesias de las memorias*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2010.
- González Escobar, Luis Fernando. *El Carré y el Vásquez. Memoria urbana de Medellín en el contexto de Guayaquil*, Medellín: Alcaldía de Medellín, Secretaria de Cultura Ciudadana, 2011.
- Halbwach, Maurice. *Espacio y Memoria Colectiva. Estudios sobre la cultura contemporánea*. México: Universidad de Colima.
- Herrera Botero, Fernando. *Medellín 1890-1950 Historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Ed. Universidad de Antioquia, 1996.
- Joseph, Isaac. *El transeúnte y el espacio urbano*. Barcelona: Gedisa, 2002.
- Lanceros, Patxi. *La huella del crimen. Imagen de la ciudad*. En Revista Metapolítica. México: Vol 14, no.68, enero-marzo 2010.
- Laddaga, Reinaldo. *Estética de la emergencia*. Buenos aires: AH, 2010.
- Mesa, Carlos. *Superficies de contacto. Adentro, en el espacio*. Medellín: Mesa editores, 2010.
- Moreno, Juan Gonzalo. *Geosofía y otros ensayos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- Maturana, Humberto R. *La realidad ¿objetiva o construida? I. Fundamentos biológicos de la realidad*. Barcelona: Ánthropos, 1997.
- Marshall, Berman. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo XXI, 2008.
- Montoya Williams, Jhon. *Cambio urbano y evolución discursiva en el análisis de la ciudad latinoamericana: De la dependencia a la globalización*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.

Molina Londoño, Luis Fernando y Castaño Zuluaga, Ociel. *El burro de oro, Carlos Coroliano Amador, empresario antioqueño del siglo XIX*. Bogotá: Boletín Cultural y Bibliográfico, Vol. XXIV, N. 13, 1987.

Ruiz Delgado, Manuel. *Ciudad líquida, ciudad interrumpida*. Medellín: Ed. Universidad de Antioquia, 1999.

Rodríguez Mira, Pedro. *Significado histórico del nombre de algunas calles y carreras de la ciudad de Medellín*. *Repertorio Histórico, Órgano de la Academia Antioqueña de Historia Vol. XIX*. http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/2/2_57695466.pdf.

Restrepo Uribe, Jorge en colaboración con Luz Posada de Greiff. *Medellín, su origen, progreso y desarrollo*. Medellín: Servigráficas, 1981.

Sloterdijk Peter. *El palacio de cristal*. Barcelona: Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, 2004.

Sloterdijk, Peter. *Esferas II*. Madrid: Siruela, 2004.

Vásquez Rocca Adolfo. Peter Sloterdijk: *Espumas, Mundo poliesférico y ciencia ampliada de invernaderos*. Madrid: En Revista Nómadas. Universidad Complutense de Madrid, enero-junio, 2008, vol. 018.

Vásquez Rocca, Adolfo. Peter Sloterdijk: *Esferas helada cósmica y políticas de climatización*.

Oviedo, España: Ekasia. Revista de filosofía. Julio 2006.

Vásquez Rocca, Adolfo. Peter Sloterdijk y Walter Benjamin; *Air conditioning en el mundo interior del capital*. Oviedo, España: Ekasia. Revista de filosofía. Mayo 2009.

Zea Toro Luz Stella y Mejía Vásquez Sonia. *Historias y Personajes del Corazón de Jesús*. Medellín: Alcaldía de Medellín, agosto 31 de 2006.